

Lo que sigue es una obra de ficción. Si bien la mayoría de personajes y escenarios son veraces, algunos protagonistas, fechas y otros aspectos han sido alterados para encajar en el argumento de la novela. Así, por ejemplo, no existió ninguna iglesia de Santa María en Podgórze, ni hubo una insurrección en el gueto de Cracovia. Personajes como Kaspar Hauser sintetizan rasgos biográficos de distintos sujetos reales, un recurso que se repite con detalles tal que el libro *El judío errante*, igualmente ficticio.

Lejos de frivolizar con el periodo o las circunstancias que condujeron a la cosificación y exterminio de millones de seres humanos, hemos pretendido con estos artificios incidir en las contradicciones de un régimen asesino, que siempre se esforzó por preservar una cínica imagen fundada en el orden, el imperio de la ley y una pretendida superioridad civilizadora, racial y moral.

\* *N. de la E.*: Para comodidad del lector, hemos incluido al final de la novela una relación de personajes y una graduación de los cuerpos policiales y militares durante el III Reich alemán.

I



2



3



4



5



6



7



8



1. Tadeusz Pankiewicz
2. Kaspar Hauser
3. Hans Frank
4. Waldemar Hoven
5. Heinrich Himmler
6. Reinhard Heydrich
7. Friedrich-Wilhelm Krüger
8. Karl Maria Wiligut

9



10



11



12



13



14



15



16



- 9. Ilse Koch
- 10. Werner Naumann
- 11. Anselm von Feuerbach
- 12. Jürgen Stroop
- 13. Erik Hanussen
- 14. Viktor Köhler
- 15. Karl Fischer
- 16. Friedrich Mennecke



· Cracovia, 23 de diciembre de 1941 ·

## Capítulo I

Los golpes repican en la conciencia, sumida en las tinieblas de la duermevela. Pankiewicz cabecea en la rebotica, con un libro abierto sobre el pecho y un hilo de saliva que cuelga de la comisura de los labios. De nuevo el murmullo, y de fondo, el eco de su nombre. El farmacéutico vuelve en sí con un respingo, e inmediatamente se pone en pie y se dirige a la puerta que comunica con el zaguán del edificio.

—¡Tadek! ¡Tadek! ¡Soy yo, Natan! ¡Ábreme! ¡Tadek!

Pankiewicz arrastra la puerta unos centímetros, insuficiente para comprender de quién se trata. Al abrir por completo, la claridad del interior alumbra el rostro embozado por las solapas y la bufanda, con un manto de nieve sobre los hombros y el cogote, indicio de que el temporal no ha amainado.

—Tadek, tienes que acompañarme. —El abogado exige, sin considerar la cortesía de quien lo invita a resguardarse de la tormenta en la farmacia.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? Ya no esperaba a nadie a estas horas. ¿Por qué no pasas y te preparo un...?

—Coge tu abrigo.

Pankiewicz confía en la urgencia implícita de las palabras y en los ademanes nerviosos de su amigo, y regresa a la rebotica sin formular preguntas; busca unos guantes y un sombrero, y se calza el barragán sobre la bata blanca, que ya se ha convertido en una segunda piel que rara vez muda.

—¿Necesitas algo? ¿Apósitos, calmantes?

—Nada. Vamos.

Con el vestíbulo en ascuas, Tadeusz duda antes de atrancar la puerta tras de sí. Aunque la farmacia resiste abierta las veinticuatro horas, con Pankiewicz siempre de guardia, dispuesto a prestar auxilio a cualquier residente del gueto, la entrada principal cierra tras el ocaso. Natan Oberlender se encamina a la salida sin estrechar siquiera la mano de su amigo. En la calle, la noche emborriona el tapiz nevado, y las ráfagas cortantes de la ventisca frenan la marcha. Antes de seguir, Pankiewicz agarra por el hombro a Natan y le grita una última duda, que llega susurrada a sus oídos en medio de la tormenta.

—¿¡Adónde vamos!?

—¡Santa María! —Natan responde con un rugido a la nada, que no espera ni requiere respuesta.

Pankiewicz resopla y niega con la cabeza, antes de bajar la vista y seguir al picapleitos. Natan camina con una mano en la gorra y la otra pinzando las solapas para que no se abran con un golpe de viento. Tras la invasión alemana de Polonia en septiembre de 1939, el país, que había recuperado su independencia veinte años atrás, fue descuartizado por mor de un acuerdo secreto entre Hitler y Stalin. La Polonia bajo soberanía nazi sufrió dos suertes distintas: la parte occidental se incorporó al Reich, mientras el sur y el este pasaron a formar parte del *Generalgouvernement*, reserva de recursos y mano de obra bajo el yugo teutón. La ciudad de Cracovia se erigió en su capital, y Hans Frank, abogado de los líderes nacionalsocialistas desde la década de 1920, en regente y caudillo. La obsesión de Frank por germanizar Cracovia como modelo para el resto del Gobierno General, y las atroces intenciones del Reich hacia la comunidad judía de Europa llevaron a la creación del gueto de Cracovia en marzo de 1941. El nuevo Distrito Judío, según la parafernalia eufemística de la propaganda nazi, se estableció en Podgórze. Los vecinos de este municipio en la orilla sur del Vístula fue-

ron desalojados de sus hogares, que pronto mudarían en parte del gueto, mientras que a unos quince mil judíos los obligaron a trasladarse a un área compuesta por una docena de calles y poco más de trescientos bloques de viviendas. Desde entonces, el número de desplazados no había dejado de crecer, rondando ya las sesenta mil almas.

El trayecto parece eterno a causa de la tempestad y las tinieblas, hasta que Pankiewicz divisa la modesta iglesia de Santa María. Al pasar junto a un callejón, el farmacéutico se detiene exhausto; apoya una mano en la esquina mientras intenta desbarbar los pies del suelo, atrapados por un túmulo de nieve virgen. Pankiewicz distingue, entre ráfagas de cellisca, la silueta de una carreta desvencijada. Aún no ha recobrado el aliento cuando Natan acude en su rescate, y así ambos completan el último tramo. La creación del gueto por orden del gobernador del distrito de Cracovia, Otto Wächter, provocó un aluvión de protestas, desde dueños de fábricas hasta vecinos desahuciados. Entre quienes apelaron a la responsabilidad de las nuevas autoridades se encontraba el párroco de las iglesias de San José y Santa María, el padre Józef Niemczyński, quien, a través de la diócesis, puso en conocimiento del gobierno alemán su indignación por la ruina de ambos templos: la iglesia de Santa María, dentro de los límites del gueto, habría de ser clausurada, y la de San José perdería a sus feligreses, forzados a mudarse a la otra orilla del Vístula. La respuesta del gobierno de ocupación fue un consejo que invocaron cual funesto augurio: «Hay iglesias de sobra en Cracovia, así que mejor olvídense de Podgórze... si no quieren correr su misma suerte».

Al llegar al edificio, la puerta se encuentra ligeramente abierta. Natan se cuela entre los tablones transversales que continúan fijos a las jambas, a pesar de que hayan forzado la entrada. Antes de abandonar Santa María, los mismos albañiles que levan-

taron los muros del gueto tapiaron las ventanas de la iglesia y cruzaron maderos claveteados en las puertas. Para los residentes judíos, aquel templo católico es un tabú que nadie se atreve a enunciar, y todos tienen claro que la iglesia queda fuera de los límites permitidos. Sin embargo, en los últimos meses, las autoridades alemanas han traído nuevos residentes a Podgórze, judíos procedentes de áreas rurales, sobre todo en la frontera que se dibuja con Ucrania en el curso de la ofensiva nazi sobre la Unión Soviética, y ya se ha dado el caso de que algunos de estos *ostjuden*, campesinos desarraigados del este, han asaltado la iglesia en busca de madera para sus hogueras y estufas.

—¿Cuántas veces os lo he dicho? —Pankiewicz se estaba guardando la reconvencción desde que salieron de su casa, y no espera ni a haber terminado de entrar en la iglesia para deslizarla. Natan desmonta su embozo mientras zapatea para desprenderse de la nieve que trae consigo. El farmacéutico se dispone a imitarlo, cuando lo sobresalta la presencia de un hombre en la oscuridad, a lo que reacciona con un respingo—. Natan, no podéis entrar aquí. Si los alemanes descubren a un judío robando madera de la iglesia... No estoy hablando del castigo por convertir un par de bancos en leña para la estufa, sino de algo mucho más grave. La propaganda de los *boches*...

—Tadek —interrumpe el abogado, tratando de contener la perorata que, por otra parte, ya ha escuchado en más de una ocasión.

—¿Ha sido él? —El farmacéutico se dirige a la sombra espectral que mantiene la cabeza gacha y la gorra asida con fuerza. Pankiewicz cambia el tono, y se gira hacia su nuevo interlocutor—. No pueden entrar aquí. Se lo he dicho a Natan más de una vez: si necesitan carbón, pídanmelo, hablen con sus vecinos, diríjense al Judenrat, pero no pueden coger los tablones o los bancos de madera. Es...



—Tadek. —El abogado agarra a su amigo por la manga—. No te entiende. Solo habla yidis.

Pankiewicz resopla volviendo la vista al interior del edificio, y es entonces cuando se fija en la luz que resplandece al fondo. Tres figuras aguardan. Con un gesto, Oberlender invita a su amigo a acercarse al grupo. A medida que avanza, los rostros cobran forma.

—¿Filip? —Pankiewicz estrecha la mano del procurador, un tipo afable y sonriente que aprovecha la penumbra para ocultar su desazón—. ¿Doctor Lachs? ¡Erwina! —El farmacéutico se abraza a la mujer, enfermera en el hospital ginecológico de la doctora Feniger—. ¿Qué hacéis todos aquí? ¿Qué ocurre?

—Tadek —Natan no se atreve a elevar la mirada—, hay algo que debemos mostrarte.

El grupo se separa en silencio para que los dos hombres entren en el pasillo en dirección a la luz que parpadea en el altar. El abogado se detiene entonces, coge a Pankiewicz por los hombros y lo enfrenta con ojos taciturnos.

—Tadek... Yo... Lo siento. No hay forma fácil de...

Natan retrocede un paso, y su amigo avanza hacia la luz, mientras él se apoya en el lateral de un banco para no derrumbarse. Pankiewicz sonríe algo confuso, y al momento se deja atrapar por el resplandor que lo reclama. Lentamente, el farmacéutico camina hacia el altar, desnudo de imágenes sagradas debido a la rapiña de los nazis.

—No entiendo —murmura Pankiewicz antes de volver la vista atrás por un instante. Pero entonces algo ocurre: un reflejo atrapa su atención, una silueta, una forma imposible al abrigo del altar, en el centro de una constelación de llamas que titilan—. ¿Qué es...? Las velas... ¿Habéis encendido...? ¿Qué...?

Cuando al fin Tadeusz descifra la imagen frente a sus ojos, el mundo se viene abajo, la conciencia colapsa, el flujo del estóma-

go se invierte y a punto está de desmayarse. Con una mano en la boca, temblando, Pankiewicz da un traspie al retroceder. Natan lo auxilia, y al sentir sus brazos que lo reconfortan, el farmacéutico se derrumba. El resto del grupo se acerca a Pankiewicz. Tadeusz aún se aventura a volver la vista una vez más, y su mirada se encaja en dos cavidades vacías que le roban una lágrima.

—¿Se encuentra usted bien?

La pregunta del doctor Lachs, urólogo y cirujano, parece absurda a la vista de la expresión descompuesta del farmacéutico, pero ninguno de los presentes, ni siquiera el socarrón Steinberg, sabría cómo salir airoso de aquel trance. Solo Erwina logra serenar a Pankiewicz, agachándose para acariciarle el cabello con ternura.

—Por el amor de Dios... ¿Qué...? ¿Qué...? ¿Es...?

—Es un cadáver —constata Lachs—. La enfermera Order-Panzer y yo lo hemos examinado y creemos que se trata de una niña. Bueno... Es una niña, no cabe duda.

—Debe de tener ocho o nueve años —añade Erwina incorporándose—. Resulta difícil determinar la edad en esas... condiciones... Ya me entiendes...

—¿Una niña? ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Qué le han hecho a...? No entiendo...

—La han desollado —explica Steinberg, con un hilo de voz—. Se dice así, ¿no?

—Le han arrancado la piel. —El doctor Lachs dirige la mirada allí donde nadie más se atreve—. Le han vaciado las cuencas de sus ojos y le han quitado la mandíbula. También le han sacado las vísceras: corazón, pulmones, intestinos, todo.

—Por el amor de Dios —no deja de mascullar Pankiewicz—. ¿Quién la ha encontrado?

—El vecino de Oberlender. —Leon Steinberg señala al pobre infeliz que espera en la penumbra en la misma postura que hace unos minutos.

—Se llama Saul —explica el abogado—. Llegó hace un par de semanas con su mujer, tres hijos, dos hermanas y no sé cuánta gente más. No os lo imagináis. En mi edificio hay hasta cinco familias por apartamento y son pobres como las ratas; no tienen nada, ni siquiera les alcanza para comprar carbón, ya no digo comida. Hablé con ellos, traté de explicarles que no debían arrancar las puertas o el suelo para calentarse, pero apenas chapurrean cuatro palabras en polaco y solo atienden al frío y al hambre.

—Leon. —Erwina censura las divagaciones del abogado, que ha perdido el aplomo con el que ha sido capaz de traer a Pankiewicz hasta la iglesia sin venirse abajo.

—Lo siento... Hace unas horas el hombre aporreó mi puerta como si asediara una fortaleza. Cuando abrí, me lo encontré deshecho, lívido. Me agarró de la manga y me trajo a rastras hasta aquí. Luego he ido a por vosotros... Lo siento. No se me ocurría que...

—¿La encontrasteis así, en el altar, con las velas encendidas? —pregunta Pankiewicz.

—Claro —Natan se muestra casi ofendido por la duda—, no hemos tocado nada. Los únicos que se han atrevido a acercarse a menos de diez pasos han sido Erwina y el doctor Lachs.

La mención a la enfermera y al cirujano, de alguna forma, impele a Pankiewicz a enfrentarse de nuevo al horror. Con el conciliábulo a sus espaldas, el farmacéutico se aproxima a la cabecera de la sala, redescubriendo los detalles de la escena. Del altar apenas quedan dos pedestales. Una oquedad, que debió de albergar un cuadro, acoge el cadáver sedente, con las manos trabadas entre las piernas, y la terrible imagen del rostro con la cabeza apoyada en la hornacina. En el suelo, sobre el púlpito, centellean decenas de llamas menguantes, a las que les resta poca luz que compartir. Pankiewicz rompe a llorar de forma pausada y honda, sin alharacas ni desgarros, al comprender que

aquel amasijo de carne teñida por una pátina transparente de tono cobalto, hará tan solo unas horas, era una niña. Al momento, Erwina acude de nuevo al rescate, reintegrando cierta esperanza con su calor.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —pregunta Pankiewicz de vuelta junto al grupo.

—Solo conozco a alguien capaz de un comportamiento tan monstruoso.

—¿Crees que han sido ellos, los alemanes? —pregunta Pankiewicz a Oberlender.

—¿Quién sino? Todos habéis oído historias de las atrocidades que cometieron durante la invasión de nuestro país: torturas, violaciones, asesinatos en masa, fosas comunes, piras funerarias. A su lado, los bárbaros de *Salammbô* bien parecen sensibles ilustrados.

—Esto es diferente. Además —puntualiza Steinberg—, ¿por qué han dejado el cadáver aquí, en una iglesia, rodeado de velas? No tiene sentido.

—Todo lo contrario. ¿No lo veis? —insiste Oberlender—. Nos están incriminando para luego culparnos. Dirán que los judíos asesinan a niñas inocentes arrancándoles la piel en sus oscuros rituales.

—Los libelos de sangre. —El doctor Lachs suspira contrariado—. ¿Os acordáis de aquel tipo? ¿Cómo se llamaba? Belis o Beilis. Lo acusaron de haber sacrificado a un niño para preparar el pan ácimo con su sangre. Y no ocurrió hace mucho: diez o veinte años. Fue en el este; en Rusia, creo.

—¡Miradnos ahora! Parecemos personajes de un folletín decimonónico, un cuadro de los *Protocolos de los sabios de Sion*. Si Trzeciak nos viera...

—¿No habrá sido cosa de Trzeciak y sus fanáticos? —Lachs se refiere a un sacerdote polaco, furibundo antijudío y propagador

de las tesis más descabelladas sobre los planes de dominación mundial de las doce tribus de Israel.

—¡Venga! —protesta Oberlender—. Está claro quién es el responsable de esta crueldad.

—Sobrevvaloráis las intrigas de los alemanes —añade Leon Steinberg—. Las velas, la posición del cuerpo, toda la escenografía; me parece demasiado elaborado. Frank no necesita tantos argumentos para llevarnos a todos al patíbulo.

—Ahí te equivocas. La propaganda es también un campo de batalla, tanto o más que el frente de guerra o los territorios conquistados. Mira, si no, la censura sobre la prensa.

—Dudo que un debate nos ayude en este momento. —El doctor Lachs reconduce la conversación con aplomo—. Ahora, lo más importante es decidir qué hacemos.

—Hay que avisar a alguien —concluye Pankiewicz, desconcertado pero resuelto.

—Ya hemos implicado a suficientes personas —arguye Erwina, con un reproche oculto dirigido a sus colegas—. No podemos contar con nadie más.

—Se trata de un asunto demasiado grave para tomar cualquier decisión. Debemos informar a alguien; no sé... con autoridad.

—¿Y quién es ese alguien? —pregunta Steinberg—. ¿Las SS, la Gestapo, el gobernador Frank? Si informamos a los alemanes, acabaremos todos con una soga al cuello.

—Deberíamos comunicárselo al Judenrat. —El doctor Lachs mira de reojo a la enfermera Order-Panzer en busca de apoyo—. Ya lo hemos discutido antes.

—El Judenrat trabaja para los alemanes —puntualiza Steinberg, subrayando lo evidente.

—El doctor Rosenzweig es un hombre honesto. —Romuald Lachs repite los mismos argumentos en los que llevan enredados desde hace horas, aunque Pankiewicz no lo sepa.

—Tal vez —replica Oberlender—, pero el Judenrat está bajo la supervisión directa de Kunde y del resto de oficiales de las SS. Rosenzweig jamás se aventuraría a poner en peligro a todo el gueto ocultándoles un cadáver, y mucho menos contando con un grupo de parias a los que incriminar por el bien común.

—Y eso si Spira no se entera antes y corre a delatarnos para ganarse el afecto de su amo.

—¡Por el amor de Dios! —Pankiewicz vuelve con su eterna admonición—. A nuestra espalda hay un cadáver mutilado. No creo que sea el momento de discutir sobre lealtades y enredos políticos. Esa niña a la que no nos atrevemos a mirar ha sido asesinada de forma... Ni siquiera... ¡Algo habrá que hacer!

—Tadek —replica Natan Oberlender—, somos conscientes de lo que dices, y no creo que ninguno de nosotros vuelva a conciliar el sueño sin que nos asalte la imagen de esa pobre chiquilla, pero tenemos que encontrar una solución antes de que otros se vean involucrados. Un paso en falso podría ser catastrófico para las sesenta mil personas que vivimos en el gueto, y no solo para los que estamos aquí reunidos.

—Hemos de sacar el cadáver de la iglesia. —El doctor Lachs manifiesta una idea en la que casi todos coinciden—. No podemos permitir que lo encuentren aquí.

—¿Sacarlo adónde?

—Podríamos enterrarlo —plantea Steinberg, sin pararse a considerar al detalle su propuesta.

—Esa niña es la hija de alguien —replica Pankiewicz—. No podemos sepultar su cuerpo sin saber antes quiénes son sus padres, su familia... Seguro que la están buscando.

—Además, hace demasiado frío. La tierra está helada y no se puede cavar. Pinie Koza lleva semanas sin abrir una fosa —añade Erwina, refiriéndose al enterrador, Pinkoza Ladner.

—Tadek —Steinberg se adueña de una cierta familiaridad en

el trato con el farmacéutico—, ¿crees que... podrías sacar el cadáver del gueto? Ya sabes...

—¿¡Cómo!?

—Sobornando a alguno de los guardias.

—Steinberg, a lo sumo puedo colar unos pocos periódicos y algunos documentos falsificados. Intenta atravesar las puertas del gueto con un cadáver y acabaremos todos en Montelupich.

—Debemos ocultarlo —sentencia Oberlender—; tal vez en los sótanos, en las carboneras.

Y en ese momento, los cuatro conspiradores dirigen sus miradas a Pankiewicz con desigual impertinencia: algunos, como Erwina, articulan un ruego en sus ojos velados, mientras otros como Oberlender no se atreven a interrogar a su amigo.

—No.

—Tadek...

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Por eso me habéis hecho venir en mitad de la noche?

—Llevamos horas discutiendo —confiesa el doctor Lachs— y no se nos ocurre otra idea.

—No podéis pedirme algo así.

—Tadek, todos nosotros vivimos en edificios abarrotados. En mi bloque hay más de doscientas personas, muchos de ellos ancianos y niños. Si ocultáramos el cadáver en cualquiera de nuestros sótanos, pondríamos en riesgo decenas de vidas.

—Además, tú eres el único polaco en el gueto —arguye Steinberg, incidiendo en los criterios raciales de la propaganda nazi, que no reconoce como polacos a los judíos.

—¿Crees que eso los detendrá cuando vengan a por mí?

—No, pero su farmacia es el último lugar donde buscarán —sentencia con rigor y firmeza el doctor Lachs—. Pankiewicz, serán solo unos días, hasta que encontremos la forma de deshacernos del cuerpo.

—Tadek —Erwina coge la mano del farmacéutico y respira hondo antes de pronunciar un ruego—, no tenemos otra opción.

Pankiewicz mueve la cabeza, negando sus propios impulsos. Después, se desprende del abrigo y de la bata, que entrega Oberlender con un movimiento airado.

—Bajad a esa pobre niña del altar. Envolved el cuerpo en la tela, y saquémosla de aquí antes de que amanezca.

Cuando Irena llega a la farmacia a primera hora, encuentra el lugar desierto. Busca a Pankiewicz en la rebotica, donde suele encontrarlo desperezándose tras una noche en calma; pero tampoco está allí. Irena sale al pasillo que sirve de zaguán, y a punto está de subir las escaleras hasta el primer piso, donde vivían los padres de Tadeusz y que ahora es la residencia del farmacéutico, la cual pisa muy de vez en cuando. En el último momento, Irena se arrepiente y decide no importunar a su colega. Entonces, regresa a la botica para abrir la puerta principal. Pankiewicz ve cómo la mujer saluda en la calle a un viandante con su acostumbrada cortesía; divisa la escena desde las ventanas del primer piso, oculto por los visillos, con un nudo en el estómago que difícilmente lo abandonará en los próximos días, ¿semanas? ¿Cuánto tiempo habrá de mantener oculto el cadáver de esa pobre niña?, se pregunta el farmacéutico.

Mientras, al otro lado de la ciudad, en el bucólico barrio de Salvator, un mensajero llama a aldabonazos a la puerta de una vivienda. Se oyen unos pasos, y al rato aparece una criada recia, de expresión adusta, bolsas en los ojos y piel ajada por la edad. La mujer mira en una dirección y otra sin ver a nadie; y justo cuando regresa al interior de la vivienda, su talón roza un paquete abandonado en el suelo. La criada sujeta la caja entre sus manos, envuelta en papel de seda de color crema, con el dibujo de una Estrella de David. La criada no comprende, y por eso



llama a gritos al padre de familia, que estará en el primer piso poniéndose los pantalones. Un insólito impulso, una ilusoria esperanza, anima a la mujer a desgarrar el papel y abrir el empaque dispuesto con primoroso decoro. Al principio no comprende qué hay en el interior del paquete, qué está viendo a las puertas de la casa un día apacible tras semanas de tormentas y nevadas. Pero cuando se atreve a palpar el contenido, la repugnancia se transmite como una corriente eléctrica desde las yemas de los dedos hasta la conciencia.

El hombre baja los escalones a pares al oír los gritos. Salwator es una ciudad jardín de treinta edificios, construidos hace dos décadas cerca de Zwierzyniec, un lugar tranquilo donde ni siquiera la guerra ha alterado la calma del pequeño bosque que lo rodea. Por ese motivo, las voces de la criada resultan aún más desconcertantes. Ya en el vestíbulo, el hombre encuentra a la robusta polaca en el suelo, llorando, entre gemidos que reprime sobre su regazo, hecha un ovillo. El señor Fischer pone una mano en el hombro de la cocinera, dirige la vista a la puerta abierta de la calle, y en la entrada ve un paquete volcado del que se derrama una tela áspera y acartonada. El hombre se aproxima al vestigio, lo coge con repugnancia y lo adrizza para contemplarlo a la luz de la mañana, descubriendo el contorno de un cuerpo humano, la piel de una niña desollada que se extiende como una vela al viento.